

## Comentarios a la historia clínica de Simón Bolívar<sup>1</sup>.

Alberto Gómez Aristizábal, M. D.<sup>2</sup>

Ya está el champán acondicionado para el que va a resultar el viaje final de Simón Bolívar. Toldillo contra los zancudos, filtro de barro para depurar las aguas del Magdalena. Todo por recomendación cariñosa del General Joaquín Posada Gutiérrez, quien, además, le ha ofrecido —quizá presintiéndolo— el último banquete en el cual el Libertador, macilento y enronquecido, tuvo su último baile antes de la danza macabra que se escenificaría en nuestra costa norte caribeña. Así fue la despedida en Honda.

Magdalena abajo llegan a Barranquilla, donde se hace necesaria la presencia de un médico. El Libertador sigue perdiendo peso, está febril, tose y expectora con frecuencia alarmante. Son esputos "viscosos y verdes". Le prescriben elixir pectoral, posiblemente a base de anís, escila, benjuí y alcohol como excipiente.

Cuando viajan hacia Santa Marta, en búsqueda de mejores aires, Bolívar —fue su deseo, siguiendo los consejos del Obispo Estévez y del General Mariano Montilla— lo hace por mar para marearse y provocarse vómito y así descargar la bilis. Este viaje lo indispuso mucho y se mareó y vomitó, pero el paciente seguía empeorando.

Bolívar tenía un médico de cabecera en el cual creía mucho. Viajaba siempre con él: la cartilla sanitaria. Era un compendio de conocimientos y consejos que, analizado retrospectivamente, sabía tanto como la mayoría de los médicos de la época. Bolívar, como se lo manifestó a Luis Perú de LaCroix, llevaba su médico entre el séquito de sus servidores como quien lleva una alfombra o un adorno, lo mismo su capellán. Así lo dijo, refiriéndose al doctor Moore.

Entre los médicos que asistieron en alguna oportunidad al Libertador están Moore, Merizalde, McNight y naturalmente, como lo vamos a ver, Alejandro Próspero Révérend. Cuando

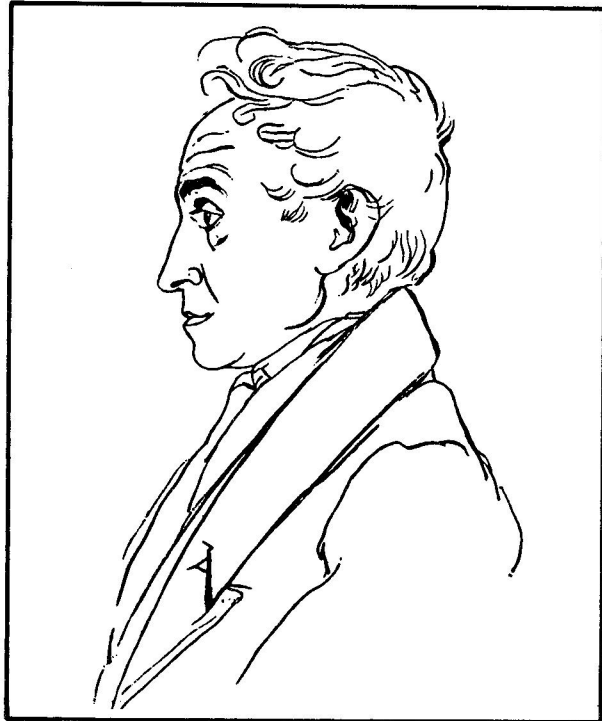


Figura 1. Perfil del Libertador, por François Desirée.

lo atiende este último, Bolívar dice una verdad: "...confío en que usted me curará, porque estoy virgen de medicinas".

En la casa del consulado español, en Santa Marta, el Libertador tiene la primera entrevista con el doctor Révérend. Bolívar dicta su anamnesis: cuenta cómo la madre murió "arrojando sangre por la boca", ella se había casado a los 15

1. Resumen de una conferencia presentada en el Hospital Universitario del Valle, Cali, Colombia en "Jueves Médicos", septiembre 29, 1983.  
2. Internista y Cardiólogo, Consultor del Servicio de Urgencias, Instituto de Seguros Sociales, Cali, Colombia.

años. Bolívar nació cuando el padre tenía 56 años y la madre 23. El Libertador era huérfano de padre a los dos años y medio y huérfano de madre a los nueve años. Posteriormente va a ser un viudo de veinte años de edad. Todo ese infortunio es un dato importante en su historia emocional.

Como la madre no lo pudo amamantar, esta tarea se encomendó a la ilustre dama Inés Mancebo de Miyares y a la negra Hipólita.

En la infancia de Bolívar no figura ninguna patología digna de mención y, por el contrario, a los quince años la academia militar del Valle de Aragua expide un certificado en el que se anota que durante un año de permanencia en esa institución militar la salud del joven Simón Bolívar —ahora teniente— ha sido envidiable. En 1804 Bolívar presenta en París su primer gran cuadro patológico: delirio, fiebre, adinamia muy marcada. Los médicos que lo examinaron dieron fe de la gravedad de la situación. Simón Rodríguez, su maestro, su sublime loco, con quien se había reencontrado en Europa, acude con un médico alemán. Cuando la situación está sorteada viene la reflexión.

El primer viaje a Europa había culminado con el matrimonio de Simón con María Teresa de Toro y Alayza. Ya en este segundo viaje, viudo joven y adinerado, su loca fantasía juvenil lo había sumergido en una caótica y continuada bacanal. Lujoso apartamento, palco privado en el teatro de la ópera, librea, bailarina de su propiedad privada, bailes, licores, billar, y florete. Impone la moda de un alto sombrero gris que llevó su nombre. El dinero que le enviaban de Venezuela, producto principalmente de las minas de Aroa, se evaporaba en los prostíbulos parisinos y de Londres, uno de cuyos burdeles tuvo que abandonar arrojando dinero para frenar la persecución de sus perseguidores y perseguidoras.

Todo esto tiene que cesar y de ello se encargará su pariente no muy lejano, Fanny du Villars. Esos son unos brazos distintos, no sólo por ser de mujer casada, sino de una inteligente mujer con la que participa de reuniones de políticos, poetas, revolucionarios y demás personajes de interés en la escena de Francia.

Vámonos veinte años adelante. Campaña del Perú. La embarcación que conduce a Simón por este Océano Pacífico tiene que acercarse rápidamente a la costa. Bolívar está gravemente enfermo. Allí en Pativilca las campanas de las humildes capillas tañían de dolor. Muy pocos pensaron que el Libertador superara esta crisis. Veamos un aparte de una carta de Bolívar donde describe su enfermedad: "...Después de una larga y prolongada marcha que he hecho a la sierra del Perú he caído gravemente enfermo... lo peor es que el mal se ha entablado y los síntomas no indican su fin... es una complicación de irritación interna y de reumatismo, de calenturas y un poco de mal de orinas, vómitos y dolor cólico". Tabardillo fue el diagnóstico de Moore.

En Bujío, en 1829, cerca a Guayaquil, sufre Bolívar una crisis tan dramática como la anterior. Ahora predominan los fríos y las fiebres (¿malaria?). Fallecen centenares de soldados colombianos. Fue el último viaje al sur que efectuaría el Libertador.

Bolívar se distinguió siempre por su aseo personal. El cuidado esmerado de los dientes, casi compulsivo. Rechazaba a los fumadores y él únicamente fumaba algún cigarro después de las arduas campañas. Sobrio en el beber, sobresalen, sí, algunas memorables escenas alcoradas como cuando en Angostura, durante un banquete en honor del emisario Irving, se sube a la mesa, a la hora de los postres, y recorriéndola a lo largo, pisoteando copas y platos exclama: "...Así iré, de norte a sur, del Atlántico al Pacífico, hasta expulsar al último español del territorio americano". En Potosí, en 1826, otra memorable borrachera fue sellada con el estallido de copas de cristal contra los muros como signo admirativo de los 26 brindis. "Estoy ebrio de licor y de gloria" confiesa Bolívar.

Este hombre extraordinario que a lomo de mula y de caballo recorre las batallas desde Venezuela hasta al Alto Perú se hará acreedor, por esta causa, al alias de "c... de hierro" con que lo bautiza la tropa. Por igual causa, Próspero Révérend encontrará que Simón, en lugar de glúteos, posee la coraza de unos callos bilaterales.

Hiperósmico era su olfato y en ocasiones leía con anteojos.

En "Las cuatro estaciones de Manuelita" se relata cómo en los días postreros en Bogotá, en la quinta de Fucha, Manuela limpiaba ocasionalmente los esputos rosados del héroe y en la primera semana de 1830 una copiosa hemoptisis fue como una despedida de la capital, o como un presagio del capítulo final.

Lo interroga Próspero Révérend y practica el examen de los médicos de la época: La temperatura se adivina con el termómetro de la palma de la mano sobre la frente del enfermo. Una lengua seca o saburral que nada descifra de sus características. El olor de la orina y su aspecto se anotan cuidadosamente. No se palpa, no se ausculta, se ignora el examen de los reflejos osteotendinosos.

A propósito de auscultación, Laennec nace y muere en días paralelos a los de Bolívar. Nace dos años antes que el Libertador, en 1781 y muere en 1826, cuatro años antes que el caraqueño. Su descubrimiento de la auscultación mediata, y posteriormente del estetoscopio, aún no ha llegado a las costas caribeñas. Se quedarían inéditas las resonancias anfóteras de sus oquedades pulmonares.

Los boletines que emite diariamente el doctor Próspero son como el viacrucis de estos 17 días que se inician el primero de diciembre: Ronquera, tos profunda, esputos viscosos y verdes. Le dan expectorantes. Creían con Laennec que enfermo que expectora va hacia la recuperación.

Continúa la marcha médica: el insomnio se combate con el opio y la belladona. Como tónico gástrico se da quinina y en casi todos los boletines aparece el sagú como una poderosa panacea nutritiva. Ese tubérculo era reverenciado como un áncora de salvación.

Cuando ya el boletín 4 habla de dolor esternal, que posteriormente se va a irradiar al lado derecho, nos hace pensar en lesión pericárdica o pleural; como un vesicante menor le aplican emplastro de pez de Borgoña. Porque los expectorantes irritan el árbol bronquial, entonces le administran agua de goma arábica para suavizar esa mucosa respiratoria atormetada.

A la altura del octavo boletín ya el delirio, la opacidad de las facultades mentales y la cefalea presagian problema cerebral. Se cree, entonces, que la sustancia morbífica abandona el pecho y está haciendo metástasis cerebral. Luego aparece el hipo y las extremidades están frías. Vienen los revulsivos, las frotaciones y los refrigerantes.

Es de interés una breve revisión de las teorías médicas que trataban de dar una explicación científica a la etiología de las enfermedades. Aparte de la influencia de dioses y demonios, comenzó a parecer lógica la consideración que la enfermedad no era una invasión desde el exterior sino un trastorno interno. La armonía adecuada de las sustancias que componían el organismo en las personas sanas sufría un desequilibrio en los enfermos a causa de una sustancia abundante y otra deficiente. Era una teoría ya aceptada por muchos. Trescientos años antes de Cristo, el médico griego Erasístrato creyó dar en el clavo con una teoría que revolucionó la medicina por algo más de dos mil años. Era como para un Nobel de esa época. Manifestó nuestro colega que sí existía el desequilibrio y que nacía, en los enfermos, de la superabundancia de sangre.

Lejos estaba de pensar Erasístrato que esta desgraciada teoría lanzaría al sepulcro a millares de víctimas de su "descubrimiento". En 1799, por ejemplo, George Washington es sometido a copiosas sangrías que aceleran su fallecimiento. Allí estuvo presente ese principio de Erasístrato, ese desacertado momento de la medicina que se inició dos mil años atrás.

El cilindro con las espirales blancas y rojas, símbolo de los barberos que fueron los primeros cirujanos, nace precisamente de la necesidad de anunciar sus dos actividades: la barbería (blanco) y el oficio de sangradores (rojo).

Esa teoría empieza a ser obsoleta y ya iniciado el siglo XIX aparece la teoría humoral y es la sustancia morbífica la causante de los males. Con esta teoría van a tratar los médicos a Simón Bolívar; es la teoría de su época.

Por esta razón cuando la enfermedad que lo tiene al borde del sepulcro comienza a manifestarse fuera del tórax tormentoso y ya aparece delirio y la cefalea es constante, entonces se piensa que la sustancia morbífica está haciendo metástasis cerebrales y es deber terapéutico impedir esta emigración. Se recurre, por tanto, a una panacea para el efecto: los vejigatorios. Se cree, con mucha razón, que fueron las cantáridas, por estar en auge, las sustancias empleadas en el cuerpo del Libertador.

Estas sustancias provocaban sucesivamente: prurito, eritema, dermatitis ampollante con formación de vesículas, de donde se deriva el nombre de vesicantes, y muchas veces se llegaba hasta la ulceración. Esta vesícula, se creía, atrapaba la sustancia que estaba viajando por el organismo.

Medicamente se emplearon las cantáridas desde 1820; se obtenían de la desecación y pulverización del coleóptero **Lytta vesicatoria** (casarudo ampollante) que predomina en climas cálidos y secos. Con ignorancia lo utiliza aún el pueblo, buscando las supuestas virtudes afrodisíacas pues produce congestión urogenital y priapismo; sin embargo, llega a causar una franca nefritis tóxica cantaridiana que desemboca en un

síndrome anúrico letal. Si no se alcanza este estado, la congestión es reversible.

Bolívar presentó serios trastornos del aparato urinario: hematuria, orinas escasas, disuria, etc. En la autopsia no hay anotación de daño macroscópico tisular de aspecto necrótico o hemorrágico que sí aparecen en las nefritis cantaridianas. En esta etapa terminal había una serie de circunstancias patológicas que hoy explicarían esos trastornos urinarios: ¿TBC renal? ¿Hipovolemia por deshidratación? ¿Coagulopatía de consumo en un organismo séptico? ¿Falla suprarrenal? ¿Desequilibrio electrolítico? O la adición de varios de estos factores; seis vejigatorios le aplican en total al organismo del héroe.

Sigue el informe de los boletines médicos de Révérend. En algunos se nota como un **statu quo** patológico. Ya en el número 19 "el pecho le silba". ¿Afección obstructiva respiratoria? Le suministra julepe anodino a base de agua, jarabes y otras sustancias.

¿Cuál era la situación de la medicina colombiana en esas calendas y quién era ese Alejandro Próspero Révérend que llega a estas tierras con el destino señalado de cerrar los ojos de Bolívar?

La medicina de la Nueva Granada estaba signada por el empirismo. No había enseñanza con práctica hospitalaria. Como loros suramericanos se recitaban de memoria los principios galénicos e hipocráticos. Cuando llega a estas tierras José Celestino Mutis ya se inicia la fase del racionalismo científico. Sólo que este médico graduado se dedica a las ciencias naturales y va a entregar su entusiasmo a la Expedición Botánica. El padre Miguel de Isla, que no estudió en ninguna escuela médica, sí se dedica a la enseñanza de la medicina, matricula a algunos alumnos en la Facultad de Medicina del Rosario y llega a ser director de nuestro hospital caleño de San Juan de Dios.

En un pueblecillo de Francia, Falaise (provincia de Normandía), nace en 1796 Alejandro Próspero Révérend. En la batalla del Loira en 1815 interviene como soldado al mando de Napoleón. Quiere estudiar medicina y encuentra las puertas cerradas pues la asamblea legislativa de Francia ha clausurado las 18 facultades de medicina, lo mismo que los colegios de cirugía y la escuela de farmacia. Entonces los flebotomistas, los curanderos y los demás empíricos se adueñan de la situación. Para enmendar este caos aparecen las Escuelas de Sanidad, especie de universidades a distancia. Bastaba con presentar tres exámenes para obtener el título de licenciado en sanidad. Sólo en 1830 se van a reabrir las escuelas médicas en Francia. En 1824 ya está Révérend en Jamaica, donde contrae matrimonio con Victoria Panaje. Los esposos llegan a Santa Marta donde son bien recibidos. Para incorporarse en Cartagena a la Facultad de Medicina como médico y profesor, Révérend se somete a un examen —una especie de council macondiano— requisito de la época. El jurado estuvo compuesto por los doctores Ignacio Carreño, Dionisio Araújo y José Manuel Vega. Es aprobado y dicta algunas clases a los alumnos de medicina. A su regreso a Santa Marta tiene 34 años de edad y está ahora encargado de atender el último episodio patológico del Libertador.

Cuando fallece Bolívar el 17 de diciembre de 1830 a la 1 p.m. cree Révérend su deber practicar la autopsia, que se inicia a las cuatro de la tarde y termina a las ocho de la noche, a la luz de una vela de sebo. Para no dilatar esta reseña no vamos a copiar su texto sino que vamos a dejar constancia de la seriedad de ese procedimiento y de los valiosos datos que de él se derivan. Vamos a copiar, textualmente, el acápite número tres como muestra de este protocolo:

**"Pecho.** En los lados posteriores y superior estaban adheridas las pleuras costales por producciones semimembranosas; endurecimiento en dos tercios superiores de cada pulmón, el derecho, casi desorganizado, presentó un manantial abierto del color de las heces de vino, jaspeado con algunos tubérculos de diferente tamaño, no muy blandos; el izquierdo, aunque menos desorganizado, ofreció la misma afección tuberculosa, y dividiéndolo con el escalpelo se descubrió una concreción calcárea irregularmente angulosa del tamaño de una pequeña avellana —la cual existe en poder del médico de cabecera. Abierto el resto de los pulmones con el instrumento, derramó un moco pardusco que por la presión se hizo espumoso. El corazón no ofreció nada de particular, aunque bañado en un líquido ligeramente verdoso contenido en el pericardio".

No es el propósito del presente artículo, entrar a discutir los diferentes diagnósticos que nos sugiere la historia clínica. Es interesante que el lector saque las conclusiones. Anotamos que los diagnósticos más llamativos apuntan principalmente a

la tuberculosis pulmonar y se mencionan el absceso hepático, la septicemia, la tuberculosis genitourinaria, una micosis pulmonar, un cáncer broncogénico, la nefritis cantaridiana, etc.

La vida de Bolívar se fue escribiendo, en gran parte, en sus 65 000 leguas de recorrido a caballo, organizando y dirigiendo once campañas de guerra, mandando como jefe directo en el campo de batalla 36 combates campales. Bajo su espada se libraron 472 encuentros en un itinerario de 15 años.

Lo más interesante sería abordar, con seriedad, la historia psíquica de Bolívar. Para hacerlo quedan sus escritos, sus arengas, su actitud ante la vida, la guerra, la mujer, la música, la danza, la poesía, la política, la patria.

La grandeza de Bolívar se puede medir por muchos conceptos. Para que un escritor de la talla de Miguel de Unanuno, y español para mayor significación, se ponga a meditar sobre su personalidad en 1914 cuando las bombas alemanas sembraban la muerte en Europa, se necesita que una luz especial ilumine a lo largo de los años. El ilustre catedrático escribe en ese año doloroso desde Salamanca:

"A través del fragoroso polvo de esta guerra —tan largos años meditada y preparada— se me parece más grande, mucho más grande la figura de nuestro Bolívar, como guerrero, como estadista, como creador de patrias, y sobre todo y ante todo como hombre... hombre español, Quijote de la América hispana libertada, miembro espiritual, sin el que la humanidad quedaría incompleta".